

La Conversión de Pablo (2): Pablo Orando

Un sermón basado en Hechos 9:11

Por Rev. A.P.A. DuCloux (sermón “Inheritance” XXII-8)

Lectura Bíblica: Hechos 9:1-22

Salterio 207:1, 2

83:1, 2

140:1 - 4

362:1,2

312:1, 2, 5

Nuestro texto para esta mañana se encuentra en Hechos 9, el versículos 11, la última parte, donde leemos estas palabras: “*He aquí, él ora*”.

Queridos amigos, habiendo considerado la conversión de Pablo la última vez, ahora quisiera meditar en:

PABLO ORANDO

Vamos a considerar tres puntos principales:

- 1. Pablo antes de su conversión;**
- 2. Su conversión; y**
- 3. La aplicación personal a nosotros.**

PRIMER PUNTO

Queridos amigos, tan pronto que Jesús le dijo a Pablo: “*Levántate*”, él se levantó de la tierra. En el idioma original se lee que Pablo “fue levantado de la tierra”, pues el hecho de levantarse no fue un hecho de Pablo, sino del Señor, ya que la palabra “levántate” fue acompañada con un gran poder divino. Siempre que un pecador se postra como muerto a los pies de Jesús, y que luego se levanta al oír la Palabra de Dios, es el poder del Señor y no del hombre. ¡Qué triste fue la condición de Pablo! Leemos que “*Se levantó de la tierra, y abriendo los ojos, no veía a nadie*”. Pablo fue cegado tanto interna como externamente. Cuando abrió los ojos, no glorificó a Jesús. Todo pecador convertido por el Señor se hace ciego de esta manera cuando el Señor comienza a obrar, hasta que el Señor guíe más con la luz del Espíritu.

Leemos que *“llevándole por la mano, le metieron en Damasco, donde estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió”* (v. 8, 9). Podemos estar seguros de que durante esos tres días, Pablo recibió revelaciones preciosas del Señor Jesús, pues sin eso su alma se hubiera desmayado. De verdad, parece que Jesús inmediatamente le enseñó los fundamentos más importantes del Evangelio, como leemos de la boca de Pablo mismo en Gálatas 1:11 y 12: *“Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo no lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo”*. Durante este tiempo Pablo recibió lo suficiente de la comida espiritual, de modo que su cuerpo no necesitaba de la comida temporal. Todos los hijos de Dios conocen, hasta cierto sentido, un tiempo en su vida cuando por la gracia de Dios sólo se preocupan de su bienestar espiritual, y no de las cosas temporales. Entonces ellos entienden que la misericordia de Dios satisface de verdad. El mundo no los entiende, pero los hijos de Dios saben que es así. Llega un momento en su vida cuando ni piensan en la comida temporal, sino que sólo quieren oír y hablar de la única cosa necesaria, es decir, cómo su alma puede ser salvada de la muerte eterna que ellos ven como un gran abismo por delante. Es así que ellos entienden la verdad de la palabra: *“...que apenas hay un paso entre mí y la muerte”* (1 Samuel 20:3).

Los compañeros de Pablo lo llevaron a Damasco. Allí hubo un discípulo de Jesús llamado Ananías, *“varón piadoso según la ley, que tenía buen testimonio de todos los judíos que allí moraban”* (Hechos 22:12). Tanto los hijos de Dios como los inmundos que conocieron a Ananías sabían que temía al Señor. Queridos amigos, es como debe ser el pueblo de Dios, como luces en medio de una generación perversa y en medio de un mundo de maldad. Cuando los hijos de Dios son así, se hace verdad lo que nos dice la Biblia: *“Cuando los caminos del hombre son agradables a Jehová, aun a sus enemigos los pone en paz con él”* (Prov. 16.7), y *“Todos los que*

los vieren, reconocerán que son linaje bendito de Jehová” (Isaías 61:9). No es que los hijos de Dios *necesiten* el testimonio del mundo; ¡nada que ver! Sin embargo, cuando viven una vida por la gracia, ¡la obra *de Dios* es glorificada! Y eso es el deseo de cada hijo de Dios.

A tal hombre, entonces, apareció Jesús, y le dijo: “*Ananías*”. Jesús se reveló a Ananías, quien reconoció Su voz. Todos los hijos de Dios reconocen la voz del Señor cuando les habla, aunque muchas veces son como Samuel que no sabía al principio que era la voz de Dios. Dios siempre es Él que habla a Su pueblo primero, una y otra vez en la vida de la fe. La palabra que Jesús le dijo a Ananías fue eficaz e irresistible. Inmediatamente él respondió: “*Heme aquí, Señor*”. Cuando la luz divina de la gracia acompaña la Palabra de Dios, el pecador se hace dispuesto a escuchar y obedecer. Observen los ejemplos de Abraham, Moisés, y Samuel. Cuando Dios viene con Su llamamiento interno y eficaz, el hijo de Dios dice con Samuel: “*Habla, porque tu siervo oye*” (1 Sam. 3:10).

Así fue con Ananías. El Señor le dijo: “*Levántate*”. ¿Quiere decir que Ananías se había postrado? Sí, amigos míos; la palabra del Señor lo había humillado en el polvo. Cuando el Señor habla a Su pueblo, siempre se humilla y se postra delante de Él. Luego el Señor le dijo a Ananías: “*Ve a la calle que se llama Derecha, y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo, de Tarso; porque he aquí, él ora*”. Fíjense, queridos amigos, en las instrucciones detalladas que recibe Ananías: el Señor le dice la calle, la casa y hasta el dueño de la casa. Esto es para que él sepa exactamente quién es Saulo y cómo encontrarlo. Oh, el Señor siempre habla con claridad a Su pueblo, pues Él sabe cuán rápido ellos se desvían. El pueblo de Dios no sabe los caminos de Dios a menos que Él se los muestre. Por eso David oraba: “*Hazme entender el camino de tus mandamientos*” (Salmos 119:27).

Entonces Ananías tenía que buscar a “uno llamado Saulo, de Tarso”, aquel mismo hombre que había sido un perseguidor cruel de los discípulos en Jerusalén. Fíjense que el Señor añade las palabras: *“porque he aquí, él ora”*, para quitar todo miedo del corazón de Ananías. Este Ananías ya no iba a encontrarse con un enemigo del pueblo de Dios, sino con uno que estaba orando. Aun así, Ananías responde al Señor con unas palabras de preocupación: *“Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén; y aun aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre”* (vv. 13, 14). El Señor Jesús le asegura a Ananías con estas palabras: *“Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel”* (v. 15).

Ahora bien, vamos a considerar en nuestro segundo como el hecho de que Pablo está orando es un ejemplo de ***su conversión***, y también de la conversión de todo hijo de Dios.

SEGUNDO PENSAMIENTO

“Porque he aquí, él ora”. Esto fue el testimonio de Jesucristo sobre Pablo, quien había sido convertido por la obra eficaz del Espíritu Santo. Vamos a considerar a Pablo, entonces, como un ejemplo de todos los pecadores verdaderamente convertidos por el Señor.

Pablo oraba, y así hace cada persona que es convertida por el Señor. Pero, ¿acaso Pablo nunca había orado antes? ¿Cómo es posible que un hombre tan piadoso y religioso no haya orado antes jamás? Más bien, los fariseos eran conocidos por sus largas oraciones, y como era la costumbre de los fariseos, siempre terminaban sus oraciones con la repetición tres veces de la frase: “Redímenos, Señor”. Por supuesto Pablo había seguido los ritos de la oración de los fariseos, como él mismo nos cuenta en la Biblia. Sin embargo, el simple hecho de cerrar los ojos,

juntar las manos, y recitar unas oraciones memorizadas no significa la oración verdadera, aunque se le llama “oración”. Dios no oye ni contesta este tipo de oración que no es más que una costumbre y no del corazón. Es sólo cuando el Espíritu Santo, que es el mismo Espíritu de la gracia y de la súplica, convence del pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:8) que el pecador ora por primera vez en sinceridad. Para el pecador, entonces él tiene que orar, pero no sabe orar; sin embargo, no puede hacer más que orar. La oración llega a ser algo muy necesario para tal pecador. Tal como Pablo oró, así ora todo pecador descubierto a sí mismo como culpable ante Dios justo y santo.

Puede ser que como Pablo hayamos vivido piadosamente, pero en la conversión verdadera el Señor enseña que nuestro corazón es corrompido y pecaminoso, y que por medio de nuestro pecado original y actual hemos perdido por completo nuestra capacidad de servir a Dios y orar a Él. Oh, en nuestro estado natural muchas veces podemos orar de una manera muy hermosa con frases aprendidas de la Biblia y de otras personas. Sin embargo, cuando el Espíritu Santo nos descubre, perdimos esas oraciones formales, y comenzamos a orar por la conversión verdadera.

Un pecador como Pablo comienza a condenarse ante Dios, y se da cuenta de las tinieblas espirituales en que se encuentra. Cuando un pecador así comienza a orar, ni se atreve a llamarla “oración”; no obstante, no puede dejar de orar. Con Pablo, cada pecador que ha sido convencido de su estado perdido llega a aprender que ha merecido la muerte temporal, espiritual y eterna. No obstante, el Señor le enseña a orar: “*Dios, ten misericordia de mí, pecador*”. En sus propios ojos, un pecador así se hace el mayor de los pecadores.

Pablo siguió orando, pues seguramente todavía recordaba aquella voz que le decía: “*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*” Y es así con todo pecador convertido por el Señor: se da cuenta de que cualquier momento puede tener que comparecer delante del Mismo Dios a Quien había

luchado. El pecador ya tiene miedo de oír las palabras: *“Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles”* (Mt. 25:41). Entonces el pecador lucha en oración, suplicando al Señor que le salve de la ira venidera. Y, como Jacob del antaño, no puede dejar al Señor hasta que lo bendiga (Gén. 32:26).

Queridos amigos, la oración de Pablo ya no era como oraba antes, cuando decía con los otros fariseos: *“Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres”*. No, Pablo ya ha perdido sus propios méritos, y se postraba en la tierra, pues la gracia todopoderosa del Señor Jesús lo había alanzado. Amigo mío, si tú no has aprendido alguna vez a postrarse así ante el Señor, todavía faltas mucho la gracia. Satanás siempre emplea todo en su poder para impedir que oremos a Dios. Sin embargo, cuando el corazón de una persona está quebrantado por la gracia de Dios, llega a ser como Job, quien dijo: *“Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza”* (Job 42:17).

¿Cómo habría orado Pablo? ¿Para qué cosas habría suplicado Pablo al Señor? Sin lugar a dudas, Pablo oró por el perdón de Sus pecados por medio de la sangre redentora de Jesucristo. Pidió perdón por las persecuciones que él había hecho contra Jesús y Su pueblo. Pablo oró que el Señor se le revelara a él como Su Salvador. Pablo confesó sus pecados con el verdadero arrepentimiento, con toda humildad, como hombre ciego, pero a la vez exaltó la gracia eficaz y libre que Dios le había dado a él, el mayor de los pecadores.

“Porque he aquí, él ora”, declaró el Salvador glorificado, así asegurándole a Ananías del cambio verdadero de Pablo. Ahora el Señor Jesús, glorificado a la diestra de Su Padre, regocija en Su propia obra, en la cual Pablo está postrado y sin poder, y en la cual el Señor le había hablado con el llamamiento eficaz e irresistible. Le agradó a Jesús la oración de Pablo, pues fue el mismo Espíritu Santo que le había causado a orar, y que había intercedido por Pablo con

gemidos indecibles (Ro. 8:26). Oh, el pecador convencido a veces no se atreve a decir que sus clamores son oraciones. Sin embargo, el Señor no mira a lo externo, sino que mira al corazón. Él sabía que toda la vida de Pablo de aquí en adelante sería una vida de oración, hasta que dejara este cuerpo de muerto y su oración se terminara con la alabanza eterna.

También le agradó a Jesús la oración de Pablo porque como resultado de la conversión verdadera, Pablo oró con la fe, y tales oraciones son los frutos de los sufrimientos de Cristo. Es así en el comienzo de la vida de la fe de cada hijo de Dios: no pueden dejar de orar continuamente. Luego en la vida de fe, el hijo de Dios se pregunta si alguna vez había orado en verdad. Sin embargo, el Señor Jesús conoce el corazón, y Él dice acerca de Pablo: *“Porque he aquí, él ora”*.

Antes de terminar con unas palabras de aplicación personal como nuestro tercer pensamiento, vamos a cantar del **Salterio 362, las estrofas 1 y 2**.

TERCER PUNTO

Querido amigo, me dirijo a ti personalmente con esta pregunta: ¿Puede el Señor decir de ti: porque he aquí, él ora? ¿Alguna vez has orado *tú* de lo profundo como pecador culpable? ¿Has reconocido antes Dios que mereces la muerte eterna? Con todo mi corazón creo que cada uno de ustedes hacen alguna oración a Dios, y tal vez muchos de ustedes lo hacen arrodillados. Sin embargo, por más buena que sea esa costumbre, nunca piensen que la oración de los labios es la oración que Le agrada al Señor.

¿Cómo y cuál es tu oración, amigo mío? Quizás hay algunos aquí que solamente oran al tiempo de comer, y que nunca se han arrodillado ante el Señor. Oh, ¡cuán profundo te has caído si ni siquiera te das cuenta de la necesidad de orar a Dios, Quien te cuida todos los días! Si así es

tu caso, te planteo una pregunta: ¿Qué piensas que será tu estado eterno si mueres así? Si en esta vida eres demasiado orgulloso y alzado como para no arrodillarse delante del Señor, el Juez Justo te condenará en la vida venidera. ¡Cuán terrible será el haber oído las invitaciones de Dios, Quien te exhorta a buscarlo mientras puede ser hallado, y luego el tener que ser perdido para siempre porque no querías arrodillarte delante de Él! Oh amigo mío, por el amor de tu propia alma, “*Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón*” (Salmo 95:7, 8). Si nunca te has arrodillado ante el Señor, hazlo hoy mismo, y ora por el Espíritu Santo. No dejes de orar hasta que hayas escuchado Su respuesta, y hasta que hayas aprendido por el Espíritu Santo la oración: “*Señor, ten misericordia de mí, pecador*”.

Tal vez alguien me responde: “Pero no *puedo* orar. ¿Acaso no es necesario recibir el espíritu de la súplica y la gracia para poder orar? ¿Qué me ayuda mi oración si necesito ser llamado eficazmente como fue Pablo?” Oh, querido amigo, es cierto que tú no puedes orar, y que por tus pecados originales y actuales te has alejado de la vida de Dios. Sin embargo, también es cierto que no *quieres* orar, y así tratas de emplear tu incapacidad para justificarte y así tapar tu propia culpa. Tú mismo te has caído en el estado en que te encuentras, y no puedes ni quieres orar a Dios; sin embargo, Dios exige que tú te sometas a Él, y por lo tanto, ¡tu incapacidad llegará a ser tu propia *culpa* que te condena! Oh querido amigo, ora que el Señor te enseñe a orar.

Quizás hay otro en medio de nosotros que se siente bien porque no deja de cumplir su deber de orar todos los días. Como los de la iglesia de Laodicea, dice que es rico y que de ninguna cosa tiene necesidad; sin embargo, el Señor te dice: “*No sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo*” (Apoc. 3:17). Querido amigo, cuando piensas que vas a entrar en el reino de los cielos, no podrá entrar. Piensa en Saulo y todo su celo religioso; ¿acaso él no se habría perdido para siempre si no hubiera sido convertido por Dios? Oh, ¿eres tú uno de

aquellos que tienen una religión externa pero que siguen siendo amigos del mundo? Qué no tengas reposo hasta que hayas aprendido del Señor tu estado miserable, pobre y ciego. Ahora es el tiempo aceptable; busca a Jehová mientras puede ser hallado.

También habrá entre nosotros aquellos que no pueden ni se atreven a creer que alguna vez hayan orado de verdad. Tengo una pregunta para ti, amigo mío: ¿Puedes dejar de orar? ¿Te atreverías a dejar de clamar a Dios? No te pregunto si siempre oras con un conocimiento de tu miseria, sino que te pregunto si puedes dejar de arrodillarte en secreto ante Dios y Jesucristo. Estoy seguro de que cada persona a quien el Señor le ha dado algo de Su gracia no podrá decir: “Sí” como la respuesta a mis preguntas. Por lo tanto, tengo una palabra de consuelo para tales personas. El Señor seguramente vendrá para ti en Su tiempo. Él Mismo te declara en Su Palabra: *“Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo; he aquí yo cimentaré tus piedras sobre carbunclo, y sobre zafiros te fundaré”* (Isaías 54:11).

Oh amigo mío, no pidas a Dios un camino profundo, sino un camino claro por la luz del Espíritu Santo. Oh alma buscadora entre nosotros, ¿piensas que mientras Pablo oraba en Damasco que él habría creído que Jesús le mirara con beneplácito? No obstante, su oración fue del Señor, ¿no? Estoy seguro de que tú preferirías perecer mientras estás orando y suplicando, en cambio de dejar de orar a los pies de Jesús. Ten ánimo, y como te exhorta la Palabra de Dios: *“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y gracia para el oportuno socorro”* (Heb. 4:16).

Ahora, tengo unas palabras para aquellos que han experimentado que el Señor oye y contesta sus oraciones, y quienes por la gracia de Dios han podido soltar su carga algunas veces en la oración al recibir una respuesta y una promesa del Señor. Seguramente tú sabes que no es por causa de tus oraciones, sino por causa de la gracia divina que hayas recibido una respuesta a tus

oraciones. Tú tienes que confesar que tu oración misma es pecaminosa, y que si no fuera que Cristo intercediera por ti, te perderías a pesar de tus oraciones. Por otro lado, estoy seguro de que la oración es algo precioso para ti, pues cuando el Señor te da una oración, Él también la contesta, ¿no es cierto? No puedes olvidarse jamás de aquellas horas en la cuales recién habías recibido un corazón contrito y humilde ante Dios, y cuando se levantó tu oración al Señor. Entonces el Señor Jesús también dijo de ti: “*Porque he aquí, él ora*”.

Oh hijo de Dios, seguramente anhelas aquellos primeros días de tu vida espiritual, y ahora tienes que decir con la iglesia militante en este mundo: “Oh, ¡que fuéramos con en los días antiguos! Ahora estamos sin deseo tantas veces, y nuestras oraciones están sin celo espiritual”. Así es, amigo mío; has aprendido que la oración es un *don de Dios* que tiene que ser recibido de Él una y otra vez. Tú no puedes orar nunca en sí mismo, pero cuando el Señor te da para encomendarte tanto a ti como a tus seres queridos a los pies preciosos de Jesús, entonces recibes bendiciones inesperadas y oraciones contestadas.

Por último, cuando ya no sabes cómo orar, el Señor Jesús ha prometido que el Espíritu Santo intercede por ti con gemidos indecibles. Oh, que el Señor te de la gracia para estar en oración continua, velando y dando gracias siempre. Todo lo que pides en el Nombre del Señor Jesucristo te será dado por Dios. Mientras ores, que esperes la gracia y que recibas la fuerza para luchar con el pecado, el diablo y todos los enemigos de tu alma, para que tú seas preparado a juntarte con los ángeles de Dios y los redimidos, cantando las alabanzas de gratitud a Dios y el Cordero que murió por tus pecados, Amén.